

II CONGRESO EUCHARÍSTICO DIOCESANO

Diócesis de San Miguel, El Salvador

27 de junio de 2026

"Quédate con nosotros y danos tu paz"

SUBSIDIO CATEQUÉTICO SOBRE LA EUCHARISTÍA



CATEQUESIS SOBRE LA EUCARISTÍA

Desde el punto de vista apologético, la fundamentación bíblica de los sacramentos en general, y de la Eucaristía en particular, tiene una importancia de primer orden. En primer lugar, porque desde la Reforma Protestante (1517), se ha pretendido negar la institución divina de la mayoría de los sacramentos (excepto del bautismo). En segundo lugar, los fieles católicos en nuestro medio sufren muchas veces el proselitismo agresivo por parte de las sectas fundamentalistas, las cuales tratan de sembrar la duda sobre las verdades de la fe católica. Por lo que se refiere a los sacramentos, siguiendo la enseñanza de Lutero, los protestantes fundamentalistas sostienen que Jesús solo instituyó el bautismo, y que los demás sacramentos fueron inventados por la Iglesia Católica. Sin embargo, si estudiamos seriamente la Sagrada Escritura, podemos descubrir que todos los sacramentos tienen su fundamento bíblico específico; es falso, por tanto, que hayan sido inventados por la Iglesia. Por el contrario, todos ellos pertenecen a la economía salvífica del NT, la cual ya había sido preparada y prefigurada en el AT. En el caso de la Eucaristía, sacramento al que dedicamos esta serie de catequesis, su fundamento bíblico es sólido e innegable, tal como trataremos de demostrarlo a continuación.

PRIMERA PARTE: LA EUCARISTÍA EN LA SAGRADA ESCRITURA

I. Prefiguración de la Eucaristía en el Antiguo Testamento

Como sabemos, los siete sacramentos de la Iglesia fueron instituidos por nuestro Señor Jesucristo. Los ritos de la antigua Alianza no comunicaban todavía la gracia salvífica, solo la anunciaban y prefiguraban. A este respecto, podemos encontrar en el AT algunos pasajes donde se anuncian y prefiguran los siete sacramentos. Así, por ejemplo, en 1 Pe 3, 20 se nos dice que las aguas del diluvio prefiguraban el sacramento del Bautismo. El sacerdocio de Cristo y del NT fue prefigurado también por el sacerdocio de la antigua Alianza; y así los demás sacramentos. Pero aquí nos limitaremos a comentar brevemente los principales textos del AT que prefiguran el sacramento de la Eucaristía.

1. El sacrificio de Melquisedec (Gn 14, 18-20)

En el capítulo 14 del libro del Génesis aparece una figura bastante misteriosa: se trata de Melquisedec, sacerdote y rey de Salem. Este personaje, sin genealogía conocida, se convierte en una figura del sacerdocio de Cristo, el cual llevará a plenitud y superará el sacerdocio de la antigua Alianza. Según el relato de Gn 14, 18-20, Melquisedec ofreció pan

y vino en acción de gracias a Dios. Interpretada a la luz del NT, esta escena no es una simple anécdota, sino una figura profética del sacrificio de Cristo, quien se ofrece a sí mismo en las especies consagradas del pan y del vino en cada Eucaristía. El salmo 110 y la Carta a los Hebreos confirman que Cristo es sacerdote.

"Cristo es sacerdote 'según el rito de Melquisedec'" (Hb 7, 17)

2. El cordero pascual (Ex 12)

Otro texto bíblico muy importante por lo que concierne a la prefiguración de la Eucaristía en el AT lo encontramos en Ex 12. En este pasaje se describe el ritual de la Pascua judía. Según este ritual, cada familia israelita debía sacrificar y luego consumir un cordero sin defecto. En el NT, san Pablo explica que Cristo es el verdadero Cordero pascual (1 Co 5, 7). También en el evangelio de Juan, el Bautista presenta a Jesús como el "Cordero de Dios que quita el pecado del mundo" (Jn 1, 29). Además, según este mismo evangelista, Jesús ofreció su sacrificio en la cruz el día previo a la solemnidad de la Pascua, en el que se sacrificaba el cordero pascual. En el libro del Apocalipsis aparece la figura de Cristo como un Cordero degollado, por cuya sangre hemos sido redimidos (Ap 6, 1ss): La relación entre la figura del cordero pascual y el sacrificio de Cristo, el Cordero de Dios, se puede resumir de la siguiente manera: así como la sangre del cordero liberó a Israel de la esclavitud de Egipto, la sangre de Cristo nos rescata del pecado y nos da la vida eterna. La Eucaristía actualiza el sacrificio redentor de Cristo en la cruz.

3. El maná en el desierto (Ex 16, 4-36)

Después de la salida de Egipto, Dios alimentó milagrosamente a los israelitas con el maná, un pan celeste que descendía cada día para sostener al pueblo en su marcha por el desierto hacia la tierra prometida. Este acontecimiento es una clara prefiguración veterotestamentaria de la Eucaristía. Jesús mismo lo confirma en el evangelio de san Juan cuando declara: "No fue Moisés quien les dio pan del cielo, es mi Padre el que les da el verdadero pan del cielo" (Jn 6, 32). Así como el maná sostenía la vida física de los israelitas, la Eucaristía alimenta nuestra alma con la gracia divina.

"No fue Moisés quien les dio pan del cielo, es mi Padre el que les da el verdadero pan del cielo" (Jn 6, 32)

4. El pan con que Dios alimentó al profeta Elías (1 Re 19)

En el capítulo 19 del Libro Primero de los Reyes se nos relata la huida del profeta Elías hacia al monte Horeb para escapar de la persecución de Ajab y Jezabel. Sabemos el contexto de este episodio: el rey Ajab, instigado por su esposa, quería asesinar al profeta porque este condenaba el culto idolátrico de Baal que Ajab y Jezabel promovían en el reino del Norte. Por eso, Elías tiene que huir para refugiarse en el monte Horeb. Mientras huye, llega un momento en que sus fuerzas ya no le alcanzan para seguir avanzando. Totalmente

debilitado, se detiene para descansar y se queda dormido. El Señor le envía un ángel para que lo despierte y le proporcione un pan misterioso para retomar fuerzas y así continuar su camino. La Iglesia, inspirándose en este episodio bíblico, se ha referido a la Eucaristía como “viático”, como alimento para el camino. Especialmente cuando se lleva la Sagrada Comunión a los enfermos, se dice que se les lleva el “Viático”, es decir el alimento que restaura las fuerzas para el camino de esta vida y que prepara también para el “viaje” hacia la casa del Padre.

II. La Eucaristía en el Nuevo Testamento

En el NT se cumple y realiza lo que se anuncia proféticamente o a través de figuras en el AT. En este sentido, Jesús, al instituir la Eucaristía en la última Cena, lleva a cumplimiento lo que el AT había prefigurado sobre este sacramento. Es importante destacar además que en el NT encontramos una perfecta coherencia entre los textos que se refieren a la Eucaristía. En primer lugar, encontramos el anuncio de su institución en el discurso de Jesús en la Sinagoga de Cafarnaúm (Jn 6); luego, tenemos tres relatos de su institución en la Última Cena (Mt 26; Lc 12; 1 Co 11). En estos relatos vemos cumplida la promesa de Jesús de dar su cuerpo y su sangre como alimento de vida eterna (Jn 6). Finalmente, encontramos dos textos (1 Co 10 y 11) en los que se contiene el fundamento bíblico de la fe de la Iglesia en la presencia real de Cristo en las especies consagradas del pan y del vino en la Eucaristía. Pasamos a continuación a comentar brevemente cada uno de estos textos.

1. El discurso del pan de vida (Jn 6, 48-58)

El capítulo 6 del evangelio de san Juan inicia con el relato del milagro de la multiplicación de los panes y los peces por parte de Jesús. Después de este milagro, los judíos buscan de nuevo a Jesús, pero este les recrimina porque lo buscan no porque hayan visto signos, sino porque les dio pan hasta saciarse. Luego los invita a buscar más bien el pan que da la vida eterna. Jesús se presenta aquí como el verdadero que ha bajado del cielo. Los judíos, sin comprender bien el sentido de las palabras de Jesús, le suplican: “Señor, danos siempre de este pan” (Jn 6, 33). Luego, Jesús sigue instruyendo a sus oyentes sobre el significado del pan de vida.

En este discurso, pronunciado en la sinagoga de Cafarnaúm, encontramos una serie de afirmaciones capitales relativas a la Eucaristía. Jesús declara, entre otras cosas: “Yo soy el

pan vivo bajado del cielo. Si alguien como de este pan vivirá eternamente; y el pan que yo daré es mi carne por la vida del mundo” (Jn 6, 51). Mientras sus oyentes toman al pie de la letra sus palabras y se escandalizan, Jesús no rectifica sus ni suaviza su enseñanza. Al contrario, la reafirma con más fuerza: “El que come mi carne y bebe mi sangre tiene vida eterna, y yo lo resucitaré el último día” (Jn 6, 54). Jesús ni siquiera rectifica o aclara sus palabras, cuando se produce la deserción de algunos judíos que habían comenzado a seguirle. Lejos de eso, el Señor desafía a los Doce: “También ustedes quieren marcharse”. Pedro, en nombre de los Doce, responde con firmeza: “Señor, a quién vamos a acudir, solo tú tienes palabras de vida eterna. Nosotros creemos y sabemos que tú eres el Santo de Dios” (Jn 6, 67-69). Conviene destacar que la reacción al discurso de Jesús muestra que la Eucaristía pone a prueba nuestro seguimiento de Jesús.

"Yo soy el pan vivo bajado del cielo. Si alguien come de este pan vivirá eternamente; y el pan que yo daré es mi carne por la vida del mundo" (Jn 6, 51)

"El que come mi carne y bebe mi sangre tiene vida eterna, y yo lo resucitaré el último día" (Jn 6, 54)

En este sentido, podríamos decir que un cristianismo sin Eucaristía es un cristianismo light. Alguien escribía en un artículo que en Estados Unidos los protestantes serios se están convirtiendo al catolicismo, entre otras cosas, porque han descubierto que la Eucaristía es un tesoro que solo la Iglesia Católica posee. Curiosamente, los católicos mediocres, los que preferían no comulgar para no comprometerse seriamente con el Señor, terminan haciéndose protestantes.

2. Los relatos de la institución de la Eucaristía en la Última Cena (Mt 26, 26-28; Mc 14, 22-25; Lc 22, 19-20 1 Co 11, 23-25)

Sobre la institución de la Eucaristía en la Última Cena tenemos cuatro relatos en el NT, dos en los evangelios y uno en la Primera Carta a los Corintios. En orden de antigüedad, el de la Primera Carta a los Corintios es el relato más antiguo (esta Carta de san Pablo suele fecharse en torno al año 54 d. C). Estos cuatro relatos coinciden en los elementos esenciales. Veamos los textos:

Mt 26, 26-28: “Mientras comían, Jesús tomó pan y, después de pronunciar la bendición, lo partió y lo dio a sus discípulos, diciendo: ‘Tomen y coman, esto es mi cuerpo’. Después, tomando una copa de vino y dando gracias, se la dio, diciendo: ‘Beban todos, porque esta es mi sangre, la sangre de la Alianza, que es derramada por una muchedumbre, para el perdón de los pecados’”.

Mc 14, 22-25: “Mientras estaban comiendo, Jesús tomó pan, y después de pronunciar la bendición, lo partió y se lo dio diciendo: ‘Tomen, esto es mi cuerpo’. Después tomó una copa, dio gracias, se la entregó y todos bebieron de ella. Y les dijo: ‘Esta es mi sangre, sangre de la Alianza, que será derramada por una muchedumbre. Sepan que no volveré a beber del jugo de la uva hasta el día en que beba vino nuevo en el Reino de Dios’”.

Lc 22, 19-20: “Después, tomó el pan y, dando gracias, lo partió y se lo dio, diciendo: ‘Esto es mi cuerpo, el que se entrega por ustedes. Hagan esto en memoria mía’. Después de la Cena, hizo lo mismo con la copa. Dijo: ‘Esta copa es la Alianza Nueva sellada con mi sangre, que va a ser derramada por ustedes’”.

1 Co 11, 23-25: “Yo recibí esta tradición del Señor que, a mi vez, le he transmitido. Que el Señor Jesús, la noche en que fue entregado, tomó el pan, y después de dar gracias lo partió, diciendo: Este es mi cuerpo, roto por ustedes, hagan esto en memoria mía’. De la misma manera, tomando la copa después de haber cenado, dijo: ‘Esta es la Nueva Alianza en mi sangre. Siempre que beban de ella, háganlo en memoria mía’”.

Como podemos constatar, los cuatro relatos coinciden en afirmar que la misma noche en que iba a ser entregado a su Pasión, voluntariamente aceptada, como precisa la fórmula litúrgica, Jesús instituyó el sacramento de la Eucaristía, cumpliendo de esta manera todas las prefiguraciones del AT y la promesa que él mismo había hecho en su discurso en la sinagoga de Cafarnaúm. En aquella noche, Jesús tomó pan y vino y pronunció las palabras que iban a cambiar la historia: “Esto es mi cuerpo, que será entregado por ustedes...Esta es mi sangre, que será derramada por la multitud para el perdón de los pecados”. Aquí no cabe ninguna ambigüedad: Cristo no dijo “esto representa” o “esto simboliza” mi cuerpo y mi sangre, sino “esto es mi cuerpo, esta es mi sangre”.

En la Eucaristía no se trata, por tanto, solo de una presencia espiritual, sino de la presencia real del cuerpo y la sangre del Señor en las especies consagradas del pan y del vino. Esta verdad de fe, profesada por la Iglesia desde el primer momento, no fue puesta en duda por nadie, hasta que surgió la Reforma Protestante en 1517. Sobre este tema vamos a volver al comentar la enseñanza de san Pablo en la Primera Carta a los Corintios.

Es importante destacar que Jesús, al instituir la Eucaristía en la Última Cena, ordena a sus apóstoles celebrar este sacramento en memoria suya. San Pablo, después de relatar la institución de la Eucaristía por parte de Jesús (1 Co 11, 23-25), explica el sentido del

memorial del sacrificio de Cristo que se actualiza en este sacramento. Según la enseñanza del Apóstol, en la Eucaristía está indeleblemente insertado el acontecimiento de la pasión y muerte del Señor. No solo lo evoca, sino que lo hace sacramentalmente presente. Es, por consiguiente, el sacrificio de la cruz que se perpetúa a través de los siglos hasta el retorno glorioso de nuestro Señor.

3. La presencia real de Cristo en la Eucaristía a la luz de la enseñanza de san Pablo en la Primera Carta a los Corintios

San Pablo habla de la Eucaristía en la Primera Carta a los Corintios, en los capítulos 10 y 11. En ambos textos san Pablo expone la fe de la primitiva Iglesia en la presencia real del Señor en la Eucaristía. Veamos el primer texto:

1 Co 10, 14-17: “Por eso, hermanos muy queridos, huyan del culto a los ídolos. Les hablo como a personas inteligentes: juzguen por ustedes mismos: la copa de bendición que bendecimos, ¿no es comunión con la sangre de Cristo? Y el pan que partimos, ¿no es comunión con el cuerpo de Cristo? Como uno es el pan, todos pasamos a formar un solo cuerpo, participando todos del único pan”.

El contexto de este pasaje es un problema que afectaba muchos cristianos de Corinto: la participación en banquetes ofrecidos a los ídolos. San Pablo invita a los cristianos de Corinto a juzgar con inteligencia acerca de la grave incongruencia de participar en los banquetes idolátricos y luego participar en la Cena del Señor. Para mostrar con claridad esta incongruencia, san Pablo se formula retóricamente dos preguntas que expresan la fe de la Iglesia: La copa de bendición que bendecimos, ¿no es comunión con la sangre de Cristo? Y el pan que partimos, ¿no es comunión con el cuerpo de Cristo? La respuesta a estas preguntas es claramente afirmativa. Por eso, el Apóstol afirma que la Eucaristía, la participación del cuerpo único del Señor construye sacramentalmente la unidad de la Iglesia.

Veamos el segundo texto:

1 Co 11, 26-29: “Así pues, cada vez que comen de este pan y beben de la copa, están proclamando la muerte del Señor hasta que venga. Por tanto, si alguien come del pan y bebe de la copa indignamente, peca contra el cuerpo y la sangre del Señor. Por eso, que cada uno examine su conciencia antes de comer del pan y beber de la copa. De otra manera, peca contra el cuerpo y la sangre del Señor”.

El contexto de este pasaje (1 Co 11, 17ss) es la firme corrección que hace san Pablo a los cristianos de Corinto por los abusos que se cometían en el compartir fraterno que precedía la celebración litúrgica de la Cena del Señor. El Apóstol recuerda que la Cena del Señor es el memorial de la su muerte y el anuncio de su retorno glorioso. Como hemos podido comprobar, las referencias bíblicas a la Eucaristía son numerosas. Cada uno de los textos que hemos comentado tiene su valor específico a la hora de fundamentar bíblicamente este sacramento. La importancia de este texto, como también del anterior, reside en que afirma con toda claridad la presencia real de Cristo en las especies consagradas del pan y del vino.

La fe de san Pablo en la Eucaristía en la presencia real del cuerpo y de la sangre del Señor en la Eucaristía se refleja en la condición que él establece para comulgar “dignamente”: “discernir el Cuerpo”. Pero cabe preguntarse: ¿de qué Cuerpo habla san Pablo aquí? La respuesta a esta pregunta la encontramos en el v. 27, donde el Apóstol afirma: “El que coma indignamente, será culpable respecto al cuerpo y la sangre del Señor”. Estas palabras de san Pablo, dirigidas a los cristianos de Corinto en el año 54 d. C, tienen plena validez para nosotros hoy. En efecto, el requisito indispensable para comulgar dignamente es siempre el mismo: “discernir” la presencia real del cuerpo y la sangre de Cristo en las especies consagradas del pan y del vino. Y yo añadiría también: “discernir” la presencia del Señor en el rostro de nuestros hermanos, miembros de su cuerpo místico.

Es importante resaltar que, a pesar de la claridad de los textos bíblicos que hemos comentado, particularmente en lo que se refiere a la presencia real del Señor en la Eucaristía, solo los cristianos ortodoxos y la Iglesia profesa con nitidez esta fe. Como ya lo hemos indicado, en Occidente nadie había puesto en duda la fe de la Iglesia en la presencia real del Señor en la Eucaristía hasta que apareció la Reforma Protestante. Martín Lutero, el promotor de la Reforma, un hombre muy inteligente, pero también muy arrogante, negó el origen divino de la Iglesia institucional. Sus diferencias irreconciliables con la Iglesia, que llevó a la consumación del cisma, las expresa en su 95 célebres tesis. Según Lutero, los sacramentos no operan ningún efecto real en la vida de los cristianos. Por esta razón, la Eucaristía perdía para él todo significado. Solo la conservó como memorial de la Cena, para hacer memoria del único sacrificio de Cristo en la cruz y reavivar la fe en su redención. Lutero asociaba el rechazo al papado con su desprecio y rechazo a la Eucaristía. A este propósito, escribía en 1521: “Si la Misa cae, se desmorona el papado”. Afortunadamente, no ha pasado ni lo uno ni lo otro. Al contrario la fe y la piedad eucarística se ha mantenido intacta hasta el día de hoy. Demos gracias a Dios porque la Iglesia Católica ha custodiado la Eucaristía como uno de los tesoros más preciosos que el Señor le confió.

SEGUNDA PARTE: LA EUCARISTÍA EN LA ENSEÑANZA DE LOS ÚLTIMOS PAPAS

En esta segunda parte hemos seleccionado algunos de los puntos principales de la enseñanza de los últimos Papas sobre el sacramento de la Eucaristía.

I. Papa León XIII — Encíclica *Mirae Caritatis* (1902)

En el siglo xx, los romanos pontífices animaron a la Iglesia católica a rendir culto a Jesucristo en el Santísimo Sacramento de la Eucaristía. El papa León XIII, en su Encíclica *Mirae Caritatis* (De la Admirable caridad), de 28 de mayo de 1902, afirmó:

La santísima Eucaristía es el don divinísimo salido del corazón del mismo Redentor, quien, de manera vehemente, desea la singular unión de los hombres, y derramar sobre ellos los frutos saludables de su redención.

El augustísimo sacramento de la Eucaristía es causa y prenda a la vez, de la divina gracia y de la gloria celestial.

El sacramento de la Eucaristía es el alma de la Iglesia. De él saca la Iglesia toda su virtud y su gloria.

La vida cristiana floreció con más pujanza cuando más frecuentemente los fieles se acercaron al divino sacramento de la Eucaristía.

Para que no se extinguiera el fervor eucarístico, el papa Inocencio III ordenó como precepto grave que todo fiel cristiano se confesará y comulgará por lo menos una vez en la Pascua de la resurrección.

Es para llorar que tantos olviden a la divina majestad de Cristo y sus beneficios, especialmente el don de la salud espiritual que nos ha traído Jesucristo mismo. Este grandísimo abandono ha de ser reparado con un aumento de fervor de la piedad en el culto del sacrificio eucarístico. Nada puede haber que honre más a Dios ni que le sea más grato que este culto y devoción.

El alma necesita a menudo de su propio alimento, y su alimento más vital es aquel que le provee el sacramento eucarístico.

Para que este divino don de los dones sea puesto en la luz y el honor que merece, un misterio tan grande ha de ser venerado cuan dignamente se merece.

II. Papa Pío XII — Encíclica *Mediator Dei* (1947)

El papa Pío XII en su encíclica *Mediator Dei* (El mediador entre Dios y los hombres, publicada el 20 de noviembre de 1947, nos dejó esta enseñanza acerca de la Sagrada Eucaristía:

La Iglesia, fiel al mandato recibido de su fundador, continúa el oficio sacerdotal de Jesucristo; sobre todo, mediante la sagrada liturgia. Esto lo hace, en primer lugar, en el altar donde se representa perpetuamente el sacrificio de la cruz y se renueva este sacrificio.

El misterio de la sagrada Eucaristía, instituido por el Sumo Sacerdote, Jesucristo, y por voluntad de Él constantemente renovada por sus ministros, es el compendio y centro de la religión cristiana.

El augusto sacramento del altar es un insigne instrumento para distribuir a los creyentes los méritos que se derivan de la cruz del divino Redentor. Cuantas veces se celebra la memoria de este sacrificio, se renueva la obrade nuestra redención.

Conviene que todos los fieles se den cuenta de que su principal deber y su mayor dignidad consisten en la participación en el sacrificio eucarístico.

Es muy oportuno que el pueblo se acerque a la sagrada comunión... Son de alabar quienes, estando presentes en el santo sacrificio, reciben a Cristo en la hostia consagrada... para que sean colmados de toda bendición y gracia celestial.

Está muy puesto en razón que, recibiendo el alimento eucarístico, el fiel que comulga se recoja dentro de sí, y unido íntimamente con el divino Maestro, converse con Él.

La Iglesia prescribe a los ministros consagrados que, de rodillas, o con reverencias profundas, adoren al Santísimo Sacramento.

III. Papa San Juan XXIII

De la enseñanza del Papa san Juan XXIII sobre la Eucaristía, se pueden destacar, entre otros, los siguientes puntos:

EUCARISTÍA, MISTERIO DE FE

Bajo la mirada siempre maternal e incomparable de María, el homenaje a la divina Eucaristía se perpetúa a través de los siglos. Se inició por doce pobres pescadores, escogidos como apóstoles por Jesús, en la inminencia de la hora más trágica de la historia del mundo.

Pocas horas antes de su pasión y muerte, el Salvador se dio a sí mismo, por toda la duración de los siglos, como alimento de todas las almas que habían de creer en Él. El misterio de la fe está en la Iglesia, es su alma y su vida, y la fuente de luz, de paz, de gloria. Hace veinte siglos que irradian del altar los bienes que restauran y renueva nel mundo. Todo concurre a hacernos apreciar la grandeza y la unidad de nuestra fe'

DIOS CON NOSOTROS

Dios con nosotros. A la luz de la gracia en que nos educaron como cristianos y católicos, ésta es la frase más expresiva que determina y consagra la íntima unión entre Dios y el hombre, entre el cielo y la tierra: Dios con nosotros. Dios está con nosotros, el Señor del universo. Él ha difundido su espíritu sobre todo lo creado y ha hecho brotar como obra maestra al hombre configurado a imagen de su divino rostro.

El culmen del Dios con nosotros es este sacramento del cuerpo y de la sangre de Cristo, a quien se endereza toda la solemnidad del Corpus Christi. En el cuerpo del Señor no sólo hay que mirar al Hijo de Dios como creador, redentor y hermano nuestro, sino que es

presencia de Jesús por la virtud del gran misterio eucarístico convertido en el alimento espiritual más precioso de la vida humana.

¡Canta, canta, oh gran doctor y poeta nuestro Tomás de Aquino! ¡He aquí al pan de los ángeles hecho comida de los peregrinos: ¡verdadero pan de los hijos! Sí, éste es el pan de los ángeles hecho alimento de los viandantes.

LA EUCARISTÍA Y EL AMOR HUMANO

La Eucaristía, infundiendo en el corazón del hombre una nueva energía, el amor sobrenatural, refuerza al mismo tiempo que encauza y purifica el afecto humano, haciéndolo más sólido y auténtico. Es el hombre todo, cuando en su pecho tiene a Dios, el que queda en sí mismo armonizado, robusteciéndose su personalidad, con lo que las mismas virtudes naturales se elevan en rango y son estimuladas hasta madurar el tipo ideal de hombre perfecto hecho a imagen de Dios y conformado similar al ejemplar de su Hijo, en quien el Padre tiene sus complacencias (Mt 17, 5).

Cristo en el sacramento del altar es verdaderamente, y más que en cualquier otra manifestación suya, Dios con nosotros. Es amor que se dona y, por eso, en Él se puede realizar entre los esposos la más alta fusión espiritual; es amor que se sacrifica y, por ello, se santifica y transforma los sacrificios propios del matrimonio, dando estabilidad a la convivencia familiar. ¡Qué magnífica escuela de virtudes es el sagrario eucarístico para los miembros del hogar!

Más aún, toda concordia entre los hombres puede encontrar el más puro manantial en esta fuente de caridad como dilatación de la realidad de amistad producida interiormente entre el alma y Dios, entre alma y alma”.

IV. Papa Pablo VI — Encíclica *Mysterium Fidei* (1965)

El papa Pablo VI en su encíclica *Mysterium Fidei* (El misterio de la fe), 3 de septiembre de 1965, afirma acerca de la sagrada Eucaristía:

La Iglesia ha recibido de su esposo, el Espíritu Santo, el misterio de la fe, es decir, el inefable don de la Eucaristía, y lo ha recibido como prenda de su inmenso amor, lo ha guardado siempre religiosamente como el tesoro más precioso, y en el Concilio Vaticano II, le ha tributado una nueva y solemnísima profesión de fe.

Los Padres del Concilio al tratar de restaurar la sagrada liturgia, nada han tenido tan en el corazón como exhortara los fieles a que con entera fe y suma piedad participen activamente en la celebración de este sacrosanto misterio, lo ofrezcan juntamente con el sacerdote como sacrificio a Dios por la salvación propia y de todo el mundo y se nutran de él como alimento espiritual.

El misterio eucarístico es el corazón y el centro de la sagrada liturgia, en cuanto es la fuente de la vida que nos purifica y nos fortalece de modo que vivamos, no ya para nosotros sino para Dios y nos unamos entre nosotros mismos con estrechísima caridad.

Nuestro Salvador en la Última Cena instituyó el sacrificio eucarístico de su cuerpo y de su sangre para perpetuar así el sacrificio de la cruz a lo largo de los siglos hasta su vuelta,

confiando de este modo a su amada esposa, la Iglesia, el memorial de su muerte y resurrección: sacramento de piedad, signo de unidad, vínculo de caridad, banquete pascual, en el cual se come a Cristo, el alma se llena de gracia y se nos da la prenda de la gloria futura.

Es de desear que los fieles en gran número cada día participen activamente en el sacrificio de la Eucaristía, se alimenten con corazón puro y santo de la sagrada comunión, y den gracias a Cristo, nuestro Señor por tan gran don.

Además, durante el día, los fieles no omitan hacer la visita al Santísimo Sacramento... puesto que la visita al sagrario es prueba de gratitud, signo de amor y deber de adoración a Cristo, nuestro Señor, allí presente. La divina Eucaristía confiere al pueblo cristiano una incomparable dignidad.

V. Papa San Juan Pablo II

Juan Pablo II, quien pastoreó a la Iglesia católica en el último cuarto del siglo XX, la confirmó en la fe en la sagrada Eucaristía con su testimonio vivo y con sus sabios documentos pontificios que han tratado sobre los temas fundamentales de la auténtica doctrina.

En mayo de 1998, nos presentó su carta apostólica *Dies Domini* acerca de la santificación del domingo; el día del Señor resucitado y del don del Espíritu. Asimismo, día de la fe, de la Iglesia, de la asamblea eucarística, de la esperanza cristiana, del hombre, del descanso y de la solidaridad, el día irrenunciable e irremplazable de la Pascua y del encuentro fraterno de los hijos de Dios en la Eucaristía, en la que se nos sirve la mesa de la Palabra y la mesa de la Eucaristía, el día primordial que nos une a Jesucristo en íntima comunión.

Para iniciar el siglo XXI, nos entregó su carta apostólica *Tertio millennio adveniente*, (El tercer milenio que se aproxima), con el fin de congregar al pueblo de Dios y celebrar el año 2000, con intensidad eucarística, y convocó al Congreso Eucarístico en Roma.

Como medio eficaz para la santidad nos propuso participar en la Eucaristía dominical, pascua de cada semana y, para afrontar la crisis del pecado que nos impide recibir dignamente la sagrada Eucaristía, nos recomendó aprovechar el misterio de piedad del sacramento de la reconciliación.

El 15 de octubre de 2004, el papa Juan Pablo II nos ofreció su carta apostólica *Mane nobiscum Domine*, (¡Quédate con nosotros, Señor!), en la cual nos dice: "El icono de los discípulos de Emaús viene bien para orientar un año en que la Iglesia estará dedicada especialmente a vivir el misterio de la santísima Eucaristía "esto es, el año especial de la

Eucaristía, de octubre de 2004 a octubre de 2005, que él mismo anunció en junio de 2004, en la solemnidad del Santísimo Cuerpo y Sangre de Cristo.

“La fracción del pan”, como al principio se llamaba a la Eucaristía, ha estado siempre en el centro de la vida de la Iglesia” (MND 3).”

En Cristo, Verbo hecho carne, se revela no sólo el misterio de Dios, sino también el misterio del hombre mismo. En Cristo, el hombre encuentra redención y plenitud” (MND6).

Vale la pena meditar estos documentos pontificios de Juan Pablo II para enfervorizarse en la realidad más extraordinaria de la historia de la salvación, Jesucristo Eucaristía, huésped divino, anfitrión celestial, Pan de vida eterna, compañero de nuestro camino a la casa definitiva de Dios Padre.

RESUMEN DE LA ENCÍCLICA ECCLESIA DE EUCHARISTIA

En abril de 2003, el papa Juan Pablo II nos sorprendió gratamente con su encíclica *Ecclesia de Eucharistia* (La Iglesia vive de la Eucaristía), en la cual él propone que nos saturemos de la verdad, de que la Eucaristía es fuente inagotable de vida cristiana, ya que la celebración eucarística está en función de vivir a Cristo, en la Iglesia, por la virtud y potencia del Espíritu Santo.

Es conveniente resumir algunas de las enseñanzas principales de esta carta encíclica como un estímulo para leerla completa y meditar sus sabias enseñanzas.

Introducción

La Iglesia vive de la Eucaristía. Esta verdad no expresa sólo una experiencia cotidiana de fe, sino que encierra en síntesis el núcleo del misterio de la Iglesia.

Con razón, el Concilio Vaticano II proclamó que el sacrificio eucarístico es “fuente y cima de toda la vida cristiana. La sagrada Eucaristía contiene todo el bien espiritual de la Iglesia, es decir, Cristo mismo, nuestra Pascua y pan de vida, que da vida a los hombres por medio del Espíritu Santo (EdE 1)”.

Del misterio pascual nace la Iglesia. Precisamente por eso, la Eucaristía, que es sacramento por excelencia del misterio pascual, está en el centro de la vida eclesial. Después de dos mil años seguimos reproduciendo aquella imagen primigenia de la Iglesia.

Y mientras lo hacemos en la celebración eucarística, los ojos del alma se dirigen al Triduo Pascual: a lo que ocurrió la tarde del Jueves Santo, durante la Última Cena y después de ella. La institución de la Eucaristía anticipaba sacramentalmente, los acontecimientos que tendrían lugar poco más tarde, a partir de la agonía en Getsemaní. La sangre que poco antes había entregado a la Iglesia como bebida de salvación en el sacramento eucarístico, comenzó a ser derramada. Su efusión se completaría después en el Gólgota, convirtiéndose en instrumento de nuestra redención (EdE. 3).

En el primer capítulo, Misterio de la fe, nos recuerda:

El Señor Jesús, la noche en que fue entregado (1Co 11,23), instituyó el sacrificio eucarístico de su cuerpo y de su sangre. En la Eucaristía está insertado de forma indeleble el acontecimiento de la pasión y muerte del Señor. No sólo lo evoca, sino que lo hace sacramentalmente presente. Es el sacrificio de la cruz que se perpetúa por los siglos. La Iglesia ha recibido la Eucaristía de Cristo, su Señor... como el don por excelencia, porque es el don de sí mismo, de su persona en su santa humanidad y, además, de su obra de salvación (EdE 11).

La Eucaristía es, a la vez e inseparablemente, el memorial sacrificial en que se perpetúa el sacrificio de la cruz, y el banquete sagrado de la comunión en el cuerpo y la sangre del Señor. En efecto, “el sacrificio de Cristo y el sacrificio de la Eucaristía son, pues, un único sacrificio” (EdE 12).

Al entregar su sacrificio a la Iglesia, Cristo ha querido además hacer suyo el sacrificio espiritual de la Iglesia, llamada a ofrecerse también a sí misma, unida al sacrificio de Cristo. Por lo que concierne a todos los fieles, el Concilio Vaticano II enseña que “al participar en el sacrificio eucarístico, fuente y cima de la vida cristiana, ofrecen a Dios la víctima divina y a sí mismos con ella” (EdE 13).

De por sí, el sacrificio eucarístico se orienta a la íntima unión de nosotros, los fieles, con Cristo mediante la comunión. Lo recibimos a Él mismo que se ha ofrecido por nosotros: su cuerpo que Él ha entregado por nosotros en la cruz; su sangre, “derramada por muchos para perdón de los pecados” (Mt 26, 28). Recordemos sus palabras: “Lo mismo que el Padre, que vive, me ha enviado y yo vivo por el Padre, también el que me coma vivirá por

mí” (Jn 6, 57). La Eucaristía es verdadero banquete en el cual Cristo se ofrece como alimento (EdE 16).

En el segundo capítulo, La Eucaristía edifica la Iglesia, el Papa nos enseña:

El Concilio Vaticano II ha recordado que la celebración eucarística es el centro del proceso de crecimiento de la Iglesia... El sacramento del pan eucarístico significa y, al mismo tiempo, realiza la unidad de los creyentes que forman un solo cuerpo en Cristo... Análogamente a la alianza del Sinaí, sellada con el sacrificio y la aspersion con la sangre, los gestos y las palabras de Jesús en la Última Cena, fundaron la nueva comunidad mesiánica, el pueblo de la Nueva Alianza (EdE 21).

Jesucristo estrecha su amistad con nosotros: “Ustedes son mis amigos” (Jn 15, 14). Más aún, nosotros vivimos gracias a Él: “Quien me coma vivirá por mí” (Jn 6,57). En la comunión eucarística se realiza de manera sublime que Cristo y el discípulo estén el uno en el otro: “Permanezcan en mí como yo en ustedes” (Jn 15,4) ...La misión de la Iglesia continúa la de Cristo: “Como el Padre me envió, también yo los envío” (Jn 20, 21). Así, la Eucaristía es la fuente y, al mismo tiempo, la cumbre de toda la evangelización, puesto que su objetivo es la comunión de los hombres con Cristo y, en Él, con el Padre y con el Espíritu Santo (EdE 22).

El culto que se da a la Eucaristía fuera de la misa es de un valor inestimable en la vida de la Iglesia. Dicho culto está estrechamente unido a la celebración del sacrificio eucarístico... Es hermoso estar con Él y, reclinados sobre su pecho como el discípulo predilecto (cf. Jn 13,25), palpar el amor infinito de su corazón. Si el cristiano ha de distinguirse en nuestro tiempo sobre todo por el arte de la oración, ¿cómo no sentir una renovada necesidad de estar largos ratos en conversación espiritual, en adoración silenciosa, en actitud de amor, ante Cristo presente en el Santísimo Sacramento? ¡Cuántas veces, mis queridos hermanos y hermanas, he hecho esta experiencia y en ella he encontrado fuerza, consuelo y apoyo! Numerosos santos nos han dado ejemplo de esta práctica, alabada y recomendada repetidamente por el magisterio (EdE 25).

El tercer capítulo, Apostolicidad de la Eucaristía y de la Iglesia, nos dice que la Eucaristía como la Iglesia es, también, una, santa, católica y apostólica.

La Iglesia celebra la Eucaristía a lo largo de los siglos precisamente en continuidad con la acción de los apóstoles, obedientes al mandato del Señor... La Eucaristía se celebra en conformidad con la fe de los apóstoles (EdE27).

La Eucaristía expresa también este sentido de la apostolicidad. En efecto, como enseña el Concilio Vaticano II, los fieles “participan en la celebración de la Eucaristía en virtud de su sacerdocio real”, pero es el sacerdote ordenado quien “realiza como representante de Cristo el sacrificio eucarístico y lo ofrece a Dios en nombre de todo el pueblo”. Por eso se prescribe en el Misal Romano que es únicamente el sacerdote quien pronuncia la plegaria eucarística, mientras el pueblo de Dios se asocia a ella con fe y en silencio (EdE 28).

Si la Eucaristía es centro y cumbre de la vida de la Iglesia, también lo es del ministerio sacerdotal. Por eso, con ánimo agradecido a Jesucristo, nuestro Señor, reitero que la Eucaristía “es la principal y central razón de ser del sacramento del sacerdocio, nacido efectivamente en el momento de la institución de la Eucaristía y a la vez que ella” (EdE 31).

El capítulo cuarto, Eucaristía y comunión eclesial, nos motiva a la integración con nuestros hermanos en la fe.

La Iglesia, mientras peregrina aquí en la tierra, está llamada a mantener y promover tanto la comunión con Dios trinitario como la comunión entre los fieles.

La Eucaristía se manifiesta como culminación de todos los sacramentos, en cuanto que lleva a perfección la comunión con Dios Padre, mediante la identificación con el Hijo unigénito, por obra del Espíritu Santo... Precisamente por eso, es conveniente cultivar en el ánimo el deseo constante del sacramento eucarístico. De aquí ha nacido la práctica de la comunión espiritual, felizmente difundida desde hace siglos en la Iglesia y recomendada por santos maestros de vida espiritual (EdE 34).

La Eucaristía y la penitencia son dos sacramentos estrechamente vinculados entre sí. La Eucaristía, al hacer presente el sacrificio redentor de la cruz, perpetuándolo sacramentalmente, significa que de ella se deriva una exigencia continua de conversión, en

respuesta personal a la exhortación que san Pablo dirigía a los cristianos de Corinto: “En nombre de Cristo, les suplicamos: ¡Reconcíliense con Dios!”(2Co 5,20) (EdE 37).

La comunión eclesial de la asamblea eucarística es comunión con el propio obispo y con el romano pontífice. En efecto, el obispo es el principio visible y el fundamento de la unidad en su iglesia particular... Asimismo, puesto que el romano pontífice, como sucesor de san Pedro, es el principio y fundamento perpetuo y visible de la unidad, tanto de los obispos como de la muchedumbre de los fieles; la comunión con él es una exigencia intrínseca de la celebración del sacrificio eucarístico (EdE 39).

La Eucaristía crea comunión y educa a la comunión. San Agustín observaba: "Cristo, el Señor, consagró en su mesa el misterio de nuestra paz y unidad. El que recibe el misterio de la unidad y no posee el vínculo de la paz, no recibe un misterio para provecho propio, sino un testimonio contra sí" (EdE 40).

La Eucaristía dominical... es el lugar privilegiado donde la comunión es anunciada y cultivada constantemente.

Precisamente, mediante la participación eucarística, el día del Señor se convierte también en el día de la Iglesia, que puede desempeñar así, de manera eficaz, su papel de sacramento de unidad (EdE 41).

Al considerar la Eucaristía como sacramento de la comunión eclesial, hay un argumento que, por su importancia, no puede omitirse; me refiero a su relación con el compromiso ecuménico. Todos nosotros hemos de agradecer a la Santísima Trinidad que, en estas últimas décadas, muchos fieles en todas las partes del mundo se hayan sentido atraídos por el deseo ardiente de la unidad entre todos los cristianos. El Concilio Vaticano II, al comienzo del decreto acerca del ecumenismo, reconoce en ello un don especial de Dios. Ha sido una gracia eficaz, que ha hecho emprender el camino del ecumenismo tanto a los hijos de la Iglesia católica como a nuestros hermanos de las otras iglesias y comunidades eclesiales.

La aspiración a la meta de la unidad nos impulsa a dirigirla mirada a la Eucaristía, que es el supremo sacramento de la unidad del pueblo de Dios, al ser su expresión apropiada y su fuente insuperable. En la celebración del sacrificio eucarístico, la Iglesia eleva su plegaria

a Dios, Padre de misericordia, para que conceda a sus hijos la plenitud del Espíritu Santo, de modo que lleguen a ser en Cristo un solo cuerpo y un solo espíritu (EdE 43).

En el capítulo quinto, sobre el decoro de la celebración eucarística, se exponen los argumentos por los cuales se debe adornar con esmero el recinto que alberga al Señor de los señores.

Quien lee el relato de la institución eucarística en los evangelios sinópticos queda impresionado por la sencillez y, al mismo tiempo, la gravedad con la cual Jesús en la tarde de la Última Cena, instituye el gran sacramento. Hay un episodio que, en cierto sentido, hace el prelude: la unción en Betania. Una mujer, que Juan identifica con María, hermana de Lázaro, derrama sobre la cabeza de Jesús un frasco de perfume precioso, provocando en los discípulos, en particular en Judas (cf. Mt 26, 8; Mc 14,4; Jn 12, 4-5), una reacción de protesta, como si este gesto fuera un derroche intolerable, considerando las exigencias de los pobres. Pero la valoración de Jesús es muy diferente. Sin quitar nada al deber de la caridad hacia los necesitados, a los que se han de dedicar siempre los discípulos, “pobres tendrán siempre con ustedes” (Mt 26,11; Mc 14, 7; cf. Jn 12,8), Él se fija en el acontecimiento inminente de su muerte y sepultura, y aprecia la unción que se le hace como anticipo del honor que su cuerpo merece también después de la muerte, por estar indisolublemente unido al misterio de su persona (EdE 47).

Como la mujer de la unción en Betania, la Iglesia no ha tenido miedo de derrochar, dedicando sus mejores recursos para expresar su reverente asombro ante el don inconmensurable de la Eucaristía... Nada será bastante para expresar de modo adecuado la acogida del don de sí mismo, que el Esposo divino hace continuamente a la Iglesia esposa, poniendo al alcance de todas las generaciones de creyentes el sacrificio ofrecido una vez por todas sobre la cruz, y haciéndose alimento para todos sus fieles...Él es también su Dios y el banquete sigue siendo siempre, después de todo, un banquete sacrificial, marcado por la sangre derramada en el Gólgota. El banquete eucarístico es verdaderamente un banquete sagrado, en el que la sencillez de los signos contiene el abismo de la santidad de Dios (EdE 47).

En el capítulo sexto, intitulado en la escuela de María, mujer eucarística, encontrarnos el modelo perfecto de las actitudes espirituales que hemos de vivir quienes decidimos vivir en comunión con Jesucristo.

Cómo imaginar los sentimientos de María al escuchar de la boca de Pedro, de Juan y de Santiago y de los otros apóstoles, las palabras de la Última Cena: “Éste es mi cuerpo que es entregado por ustedes”? (Lc 22,19). Aquel cuerpo entregado como sacrificio y presente en los signos sacramentales, ¡era el mismo cuerpo concebido en su seno! Recibir la Eucaristía debía significar para María como si acogiera de nuevo en su seno el corazón que había latido al unísono con el suyo y revivir lo que había experimentado en primera persona al pie de la cruz (EdE 56).

“Hagan esto en recuerdo mío” (Lc 22, 19). En el memorial del Calvario está presente todo lo que Cristo ha llevado a cabo en su pasión y muerte. Por tanto, no falta lo que Cristo ha realizado también con su madre para beneficio nuestro. En efecto, la confía al discípulo predilecto y, en él, la entrega a cada uno de nosotros: “¡He aquí a tu hijo!”. Igualmente dice también a todos nosotros: “He aquí a tu madre!” (cf. Jn 19, 26-27).

Vivir en la Eucaristía el memorial de la muerte de Cristo, implica también recibir continuamente este don. Significa tomar con nosotros, a ejemplo de Juan, a quien una vez nos fue entregada como madre. Significa asumir, al mismo tiempo, el compromiso de conformarnos a Cristo, aprendiendo de su madre y dejándonos acompañar por ella. María está presente con la Iglesia, y como madre de la Iglesia, en todas las celebraciones eucarísticas. Así como Iglesia y Eucaristía son un binomio inseparable, lo mismo se puede decir del binomio María y Eucaristía (EdE 57).

En la Eucaristía, la Iglesia se une plenamente a Cristo y a su sacrificio, haciendo suyo el espíritu de María. Es una verdad que se puede profundizar releendo el Magnificat en perspectiva eucarística. La Eucaristía, en efecto, como el canto de María es, ante todo, alabanza y acción de gracias. Cuando María exclama: “Mi alma engrandece al Señor; mi espíritu exulta en Dios, mi Salvador”. Lleva a Jesús en su seno. Alaba al Padre por Jesús, pero también lo alaba en Jesús y con Jesús. Ésta es precisamente la verdadera actitud eucarística (EdE 58).

En la conclusión de esta encíclica, el papa Juan Pablo II afirma:

El misterio eucarístico, sacrificio, presencia, banquete, no consiente reducciones ni instrumentalizaciones; debe ser vivido en su integridad, sea durante la celebración, sea en el íntimo coloquio con Jesús apenas recibido en comunión, sea durante la adoración eucarística fuera de la Eucaristía. Entonces, es cuando se construye firmemente la Iglesia y se expresa realmente lo que es: una, santa, católica y apostólica; pueblo, templo y familia de Dios; cuerpo y esposa de Cristo, animada por el Espíritu Santo; sacramento universal de salvación y comunión jerárquicamente estructurada.

Si, ante este misterio, la razón experimenta sus propios límites, el corazón, iluminado por la gracia del Espíritu Santo, intuye cómo ha de comportarse, sumiéndose en la adoración y en un amor sin límites (EdE 62).

VI. PENSAMIENTOS EUCARISTICOS DEL PAPA BENEDICTO XVI

La profundidad teológica y espiritual del Papa Benedicto XVI es incuestionable, incluso para sus detractores. Su enseñanza sobre el sacramento de la Eucaristía es un buen ejemplo de ello. Ofrecemos a continuación algunos puntos destacados de su pensamiento eucarístico.

En el pan y en el vino, convertidos durante la santa misa en el cuerpo y la sangre del Señor, encuentra alimento y apoyo el pueblo cristiano para recorrer el camino hacia la santidad, vocación universal de todos los bautizados.

Sin el domingo no podemos vivir". Hemos de descubrir cada vez más el valor del día del Señor, en el que se celebra el misterio de la Pascua, cuyo auténtico y perenne memorial es la Eucaristía.

En la fiesta del Corpus Christi, la Iglesia revive el misterio del Jueves Santo a la luz de la resurrección. También el Jueves Santo, se realiza una procesión eucarística, con que la Iglesia repite el éxodo de Jesús del cenáculo al monte de los Olivos. En aquella noche del Jueves Santo, Jesús sale y se entrega en manos del traidor, del exterminador y, precisamente así, vence la noche, vence las tinieblas del mal. Solo así el don de la Eucaristía, instituida en el cenáculo, se realiza en plenitud. Jesús da realmente su cuerpo y

su sangre. Cruzando el umbral de la muerte, se convierte en pan vivo, verdadero maná, alimento inagotable a lo largo de los siglos. La carne se convierte en pan de vida.

En la procesión del Jueves Santo, la Iglesia acompaña a Jesús al monte de los Olivos: la Iglesia orante desea vivamente velar con Jesús, no dejarlo solo en la noche del mundo, en la noche de la traición, en la noche de la indiferencia de muchos. En la fiesta del Corpus Christi, reanudamos esa procesión, pero con la alegría de la resurrección. El Señor ha resucitado y va delante de nosotros.

La verdadera meta de nuestro camino es la comunión con Dios; Dios mismo es la casa de muchas moradas (cf. Jn 14, 2ss). Pero solo podemos subir a esta morada yendo a Galilea, esto es, yendo por los caminos del mundo, llevando el Evangelio a todas las naciones, llevando el don del amor a los hombres de todos los tiempos. La procesión del Jueves Santo acompaña a Jesús en su soledad, hacia el Vía crucis. En cambio, la procesión del Corpus Christi responde de modo simbólico al mandato del Resucitado: voy delante de ustedes a Galilea. Vayan hasta los confines del mundo, lleven el Evangelio al mundo.

EUCARISTÍA, MISTERIO DE INTIMIDAD

La Eucaristía, para la fe, es un misterio de intimidad. El Señor instituyó el sacramento en el cenáculo, rodeado por su nueva familia, por los doce apóstoles, prefiguración y anticipación de la Iglesia de todos los tiempos. Por eso, en la liturgia de la Iglesia antigua, la distribución de la santa comunión se introducía con las palabras: *Sancta sanctis*, esto es, “el don santo está destinado a quienes han sido santificados”. De este modo, se respondía a la exhortación de san Pablo a los corintios: “Examínese, pues, cada cual, y así coma este pan y beba de este cáliz”(1Co 11,28).

La finalidad de la comunión, de este comer, es la asimilación de mi vida a la suya, mi transformación y configuración con aquel que es amor vivo. Por eso, esta comunión implica la voluntad de seguir a Cristo, de seguir a aquel que va delante de nosotros. Por tanto, adoración y procesión forman parte de un único gesto de comunión; responden a su mandato: “¡Tomen y coman!”.

María, la madre del Señor, nos enseña lo que significa entrar en comunión con Cristo: María dio su carne y su sangre a Jesús y se convirtió en tienda viva del Verbo, dejándose penetrar en el cuerpo y en el espíritu por su presencia. Pidámosle a ella, nuestra santa Madre, que

nos ayude a abrir cada vez más nuestro ser a la presencia de Cristo; que nos ayude a seguirlo fielmente, día a día, por los caminos de nuestra vida. Amén.

LA EUCARISTÍA Y LA ENCARNACIÓN

Recemos el Ángelus, contemplando el misterio de la Encarnación, con el que el misterio de la Eucaristía está íntimamente relacionado. Aprendamos a vivir siempre en comunión con Cristo crucificado y resucitado, dejándonos guiar por la Madre celestial suya y nuestra. Así nuestra existencia, alimentada por la Palabra y por el pan de vida, llegará a ser totalmente eucarística, y se convertirá en acción de gracias al Padre por Cristo, en el Espíritu Santo.

PRESENCIA REAL Y CERCANA DE CRISTO

Se podría decir que la gente no quiere tener a Dios tan cerca, tan a la mano, tan participe en sus acontecimientos. En definitiva, también nosotros queremos que esté bien lejos. Entonces, se plantean cuestiones que quieren demostrar, al final, que esa cercanía sería imposible. Pero son muy claras las palabras que Cristo pronunció: “Les aseguro que, si no comen la carne del Hijo del hombre y no beben su sangre, no tendrán vida en ustedes” (Jn 6,53). Realmente tenemos necesidad de un Dios cercano.

En la Eucaristía, Cristo está realmente presente entre nosotros. Su presencia es una presencia dinámica que nos aferra para hacernos suyos, para asimilarnos a Él. Cristo nos atrae a sí, nos hace salir de nosotros mismos para hacer de todos nosotros uno con Él. De este modo, nos inserta también en la comunidad de los hermanos. La comunión con el Señor siempre es también comunión con las hermanas y los hermanos. Y vemos la belleza de esta comunión que nos da la santa Eucaristía.

EUCARISTÍA, CORAZÓN DE LA IGLESIA

La Eucaristía es el corazón de la Iglesia y de la vida cristiana. En realidad, nuestra vida espiritual depende esencialmente de la Eucaristía. Sin ella, la fe y la esperanza se extinguen, la caridad se enfría. Por eso, queridos hermanos, los exhorto a cuidar cada vez más la calidad de las celebraciones eucarísticas, especialmente las dominicales, para que el domingo sea realmente el día del Señor, y confiera pleno sentido a los acontecimientos y a las actividades de todos los días, mostrando la alegría y la belleza de la fe.

LA MISA DOMINICAL

El cristiano no debe considerar la participación en la misa dominical como una imposición o un peso, sino como una necesidad y una alegría. Reunirse juntamente con los hermanos y hermanas, escuchar la Palabra de Dios y alimentarse de Cristo, inmolado por nosotros, es una hermosa experiencia que da sentido a la vida e infunde paz en el corazón. Sin el domingo, los cristianos no podemos vivir.

Por eso, los padres deben ayudar a sus hijos a descubrir el valor y la importancia de la respuesta a la invitación e Cristo, que convoca a toda la familia cristiana a la misa dominical. En este camino educativo, una etapa muy significativa es la primera comunión, una verdadera fiesta para la comunidad parroquial, que acoge por primera vez a sus hijos más pequeños a la mesa del Señor”.

ADORACIÓN A LA SAGRADA EUCARISTÍA

Dios no solamente está frente a nosotros como totalmente Otro. Está dentro de nosotros, y nosotros estamos en Él. Su dinámica nos penetra y desde nosotros quiere propagarse a los demás y extenderse por todo el mundo, para que su amor sea realmente la medida dominante del mundo.

La oración, llamada por la Iglesia plegaria eucarística, hace presente la Eucaristía. Es palabra de poder que transforma los dones de la tierra, de modo totalmente nuevo, en la donación de Dios mismo, y que nos compromete en este proceso de transformación. Por eso, llamamos a este acontecimiento Eucaristía, que es la traducción de la palabra hebrea *berachá* que significa: “agradecimiento, alabanza, bendición” y, asimismo, transformación a partir del Señor: presencia de su hora. La hora de Jesús es la hora en la cual vence el amor. En otras palabras, es Dios quien ha vencido, porque Él es amor. La hora de Jesús quiere llegar a ser nuestra hora, y lo será, si nosotros, mediante la celebración de la Eucaristía, nos dejamos arrastrar por aquel proceso de transformación que el Señor pretende. La Eucaristía debe llegar a ser el centro de nuestra vida.

EL SACRIFICIO DE CRISTO

El 14 de septiembre celebramos la fiesta litúrgica de la Exaltación de la Santa Cruz. Esta fiesta adquiere un significado particular: nos invita a meditar en el profundo e indisoluble vínculo que une la celebración eucarística y el misterio de la cruz. En efecto, toda santa

misa actualiza el sacrificio redentor de Cristo. Al Gólgota y a la hora de la muerte en la cruz vuelve espiritualmente todo presbítero que celebra la santa misa, junto con la comunidad cristiana que participa en ella.

Por tanto, la Eucaristía es el memorial de todo el misterio pascual: pasión, muerte, descenso a los infiernos, resurrección y ascensión al cielo, y la cruz es la conmovedora manifestación de amor infinito con que el Hijo de Dios salvó al hombre y al mundo del pecado y de la muerte. Por eso, la señal de la cruz es el gesto fundamental de nuestra oración, de la oración del cristiano.

Después de la consagración, la asamblea de los fieles, consciente de estar en la presencia real de Cristo crucificado y resucitado, aclama: "Anunciamos tu muerte, proclamamos tu resurrección. ¡Ven, Señor Jesús!". Con los ojos de la fe, la comunidad reconoce a Jesús vivo con los signos de la pasión, y como Tomás, lleno de asombro, puede repetir: "¡Señor mío y Dios mío!" (Jn 20, 28).

La Eucaristía es misterio de muerte y de gloria como la cruz que no es un accidente, sino el paso por medio del cual Cristo entró en la gloria (cf. Lc 24, 26) y reconcilió a la humanidad entera, derrotando toda enemistad. Por eso, la liturgia nos invita a orar con confianza y esperanza: "Quédate con nosotros, Señor, ¡que con tu santa cruz redimiste al mundo!".

María, presente en el Calvario junto a la cruz, está también presente, con la Iglesia y como madre de la Iglesia, en cada una de nuestras celebraciones eucarísticas (cf. EdE 57). Así, nadie mejor que ella puede enseñarnos a comprender y vivir con fe y amor, la santa misa, uniéndonos al sacrificio redentor de Cristo.

Cuando recibimos la sagrada comunión, también nosotros como María y unidos a ella, abrazamos el madero que Jesús con amor transformó en instrumento de salvación, y pronunciamos nuestro "amén", nuestro "sí", al amor crucificado y resucitado.

VII. Papa Francisco

En esta oportunidad nos centraremos en la catequesis del Papa Francisco y la Eucaristía. El Papa, define la Eucaristía como la "cumbre de la salvación" y el corazón de la vida cristiana. LA EUCARISTÍA no es un simple recuerdo, sino la ACTUALIZACIÓN del sacrificio de Cristo, que nutre el alma, sana las heridas del corazón y compromete a los creyentes a servir a los más necesitados. (*audiencia 05 de feb. 2014*)

EL papa nos invita a descubrir el valor de la santa eucaristía en cinco puntos importantes:

❖ **LA EUCARISTÍA** es un verdadero alimento: el Papa señala que la Eucaristía responde al hambre más profunda del ser humano de vida verdadera, saciando el alma y convirtiéndose en un "compañero de viaje" que alivia la soledad.

❖ **LA EUCARISTÍA** es Medicina para los frágiles: Destaca que la Eucaristía es un remedio eficaz contra el orgullo y el egoísmo, y otorga la fuerza para amar incluso a quienes se equivocan o fallan.

❖ **LA EUCARISTÍA** es Llamado a la caridad: Enseña que recibir el Cuerpo de Cristo exige salir de uno mismo y abrirse al amor hacia el prójimo, transformando la fe en gestos concretos de solidaridad.

❖ **LA EUCARISTÍA** es Inclusión y misericordia: Ha enfatizado en diversas ocasiones que la Eucaristía no es un premio para los perfectos, sino un alimento y una medicina para los débiles, fomentando una postura pastoral de acompañamiento.

❖ **LA EUCARISTÍA** es Fuerza, perdón y viático, el Papa expresa que "Jesús ha derramado su Sangre como precio y como baño sagrado que nos lava, para que seamos purificados de todos los pecados: para no disolvernó, mirándolo, saciándonos de su fuente, para ser preservados del riesgo de la corrupción. Y entonces experimentaremos la gracia de una transformación: nosotros siempre seguiremos siendo pobres pecadores, pero la Sangre de Cristo nos libraré de nuestros pecados y nos restituirá nuestra dignidad. Nos libraré de la corrupción. Sin mérito nuestro, con sincera humildad, podremos llevar a los hermanos el amor de nuestro Señor y Salvador. Seremos sus ojos que van en busca de Zaqueo y de la Magdalena; seremos su mano que socorre a los enfermos del cuerpo y del espíritu; seremos su corazón que ama a los necesitados de reconciliación, de misericordia y de comprensión.

TERCERA PARTE: LA EUCARISTÍA EN LA VIDA Y DOCTRINA DE LOS SANTOS

Como sabemos, la Eucaristía es fuente de santidad. Todos los santos y santas de la Iglesia, canonizados y no canonizados, han sido hombres y mujeres profundamente eucarísticos. En esta tercera parte hemos considerado oportuno incluir por lo menos una pequeña muestra de la fe y de la enseñanza eucarística de algunos santos de la Iglesia.

I. María Santísima y la Eucaristía

No hay cristiano sin Cristo. No hay verdadero católico sin Eucaristía. El auténtico servidor de Jesucristo encarna en sí mismo el Evangelio y transparenta a Cristo, haciendo en todo, la voluntad de Dios Padre. No hay cristiano genuino, según el plan de Dios, sin María santísima, porque ella es maestra y modelo del creyente que compromete su vida con la fe total en Cristo.

Hemos de amar e imitar a la Virgen María, porque ella es la Virgen madre eucarística. Ella es la íntima de la Santísima Trinidad. Ella vivió y vive en estrecha relación con Dios Padre, para quien ella es la hija predilecta. Ella es el más virginal e inmaculado templo del espíritu Santo. Y ella contempló en actitud de oblación y adoración al Verbo unigénito del Padre, al Verbo eterno que se gestaba en ella.

Santa María de la Eucaristía es el modelo más puro del cristiano, porque ella si sabe qué es la vida eterna, puesto que ella conoce al Padre ya su enviado, Jesucristo, porque ella es poseída santamente por el espíritu de Dios. María es el primer y más puro sagrario de Cristo, la hostia o víctima perfecta de la Nueva Alianza, el glorioso Señor Jesucristo.

María fue la primera que hizo la primera comunión al concebir a Jesucristo; y la hizo con la mayor proyección espiritual, sellando pacto de amor con Dios, alianza con el divino amor al cual María fue siempre fiel. La Virgen María hizo la primera procesión eucarística, pues llevaba a Jesús Eucaristía en su vientre, cuando fue a visitar a su prima Isabel, quien inspirada por el Espíritu Santo profetizó: "¡De dónde a mí que la madre de mi Señor venga a visitarme!" (Lc 1,43).

María, la santa de los santos, la reina de los ángeles vivió y vive en comunión permanente con Jesucristo, su único Hijo, lo que significa que ella es la eucarística por excelencia. ¡Si! Ella ha vivido en fervorosa acción de gracias a Dios Padre por el don divino de la presencia permanente de Él en su ser y en su vida.

María palpita por siempre en el corazón de Cristo. Ella contempla y adora a Jesucristo con santo fervor. El corazón purísimo de María es la espiga fecunda que hizo posible que nos alimentáramos con el pan vivo bajado del cielo. No hay fiel seguidor de Jesucristo sin santa María de la Eucaristía.

II. San Ignacio de Antioquía

San Ignacio de Antioquía, Padre de la Iglesia', fue obispo de Antioquía, entonces capital de Siria: y entiendo del emperador Trajano fue llevado a Roma para ser devorado por las fieras. Camino a Roma escribió siete cartas a las iglesias bajo su jurisdicción. La carta a los fieles de Éfeso, en el Asia Menor, hoy Turquía, habla de la Eucaristía como centro de las reuniones de los cristianos, bajo el mando del obispo y los presbíteros.

En la misma Carta a los Efesios, les dijo:

Procuren reunirse en mayor número para la Eucaristía de Dios y para su alabanza, porque cuando se congregan muchos en un mismo lugar para esto, se quebrantan las fuerzas de Satanás, y su poder demoledor queda deshecho con la concordia de la fe por ustedes. Nada hay mejor que la paz, con la cual se reduce a nada toda la guerra que nos hacen. Partimos un mismo pan que es medicina inmortal, antídoto para no morir, sino para vivir siempre en Cristo Jesús.

Al presentar a la Eucaristía como medicina de inmortalidad, con esta feliz expresión transparenta la promesa de Cristo: "Quien come mi carne y bebe mi sangre tiene vida eterna, y yo lo resucitaré en el último día" (Jn 6,54).

San Ignacio puso en guardia a sus fieles contra el docetismo de entonces, que difundía el error de que Jesucristo no había tenido cuerpo verdadero, sino sólo aparente. A propósito, san Ignacio proclamaba: "La Eucaristía es la carne de nuestro salvador Jesucristo"...y agregó: "La carne que padeció por nuestros pecados, por su bondad la resucitó Dios Padre".

En su carta a los filadelfios, afirmó: "La sangre de Cristo es mi gozo", y en la Carta a los Romanos, testimonió: "No siento placer por la comida corruptible ni por los deleites de esta vida. Quiero el pan de Dios, que es la carne de Jesucristo, el del linaje de David, (Rm 1,3); y por bebida quiero la sangre de Él, la cual es caridad incorruptible".

En la carta a los cristianos de la Iglesia de Esmirna escribe: "De la Eucaristía y de la oración se apartan los docetas, porque no confiesan que la Eucaristía es la carne de nuestro salvador Jesucristo, la que padeció por nuestros pecados, la que por bondad resucitó Dios Padre. Por tanto, los que contradicen al don de Dios litigando, se van muriendo. Mejor les fuera amar para que también resucitasen".

"Y por todas estas cosas de las cuales nos alimentamos, bendecimos al Creador de todo, por medio de su hijo Jesucristo y del Espíritu Santo..." San Ignacio de Antioquía subrayó que la Eucaristía es signo de la unidad eclesial y que, tanto ella como la Iglesia, son dos realidades íntimamente relacionadas.

III. San Cipriano de Cartago

San Cipriano era de familia pagana, culta y rica. Se convirtió al cristianismo y dio todas sus riquezas a los pobres. Poco después fue ordenado sacerdote; y por aclamación del pueblo fue elegido obispo de Cartago, África. Este santo testimonia la mentalidad de la Iglesia en su época, debido a la comprensión de su relación con la sagrada Eucaristía, como se aprecia en este mensaje:

Amenaza ahora una lucha más dura y feroz, a la cual se deben preparar los soldados de Cristo con una fe incorrupta y una virtud robusta, considerando que por eso beben todos los días el cáliz de la sangre de Cristo para poder derramar ellos mismos la sangre por Cristo. No puede ser apto para el martirio a quien la Iglesia no le arma para la lucha, y cede el espíritu al que no levanta e inflama la Eucaristía recibida.

En relación con la Eucaristía enseñó:

Los mismos sacrificios del Señor declaran la unanimidad cristiana, trabada con firme e inseparable caridad consigo misma. Porque cuando el Señor llama a su cuerpo, pan, formado por la unión de muchos granos, indica que nuestro pueblo está unido; y cuando llama su sangre al vino exprimido de racimos de uvas y reducido a la unidad, da a entender así mismo a nuestro rebaño unido con la fusión de la unidad de la multitud.

Y así como decimos: Padre nuestro porque es Padre de los que lo conocemos y creemos en Él, así también decimos: el pan nuestro porque Cristo es pan de quienes tocamos su cuerpo. Pedimos cada día se nos dé este pan, no sea que quienes estamos con Cristo y recibimos cada día la Eucaristía para alimento de salvación, al cometer algún grave delito, mientras absteniéndonos y no comulgando, nos privamos del pan celestial, seamos separados del cuerpo de Cristo, pues como dice Él mismo: "Yo soy el pan de vida que bajé del cielo. Si alguno comiere mi pan, vivirá eternamente. Y el pan que yo daré es mi carne por la vida del mundo" (Jn 6,51). Hay que temer y orar, no sea que mientras uno al abstenerse se separe del cuerpo de Cristo, y permanezca separado de la salvación.

IV. Santo Tomás de Aquino

El papa Urbano IV en 1264 instituyó en la Iglesia, la fiesta del Corpus Christi; y encomendó redactar el oficio litúrgico de la misa para esta solemnidad del Cuerpo y la Sangre de Cristo a santo Tomás de Aquino y a san Buenaventura. Santo Tomás leyó al Papa el texto que compuso y resultó ser una obra maestra, a tal punto que san Buenaventura acto seguido rompió el suyo.

Nos parece oportuno transcribir una traducción del latín de la inspirada secuencia de santo Tomás, el *Pange lingua* para comprender la profundidad teológica y espiritual en relación a la Eucaristía de este santo doctor de la Iglesia.

*Canta lengua,
jubilosa, el misterio del altar,
de la sangre generosa
y del cuerpo que es manjar.
Lo da el Rey a las naciones
para el mundo rescatar.*

*De María virgen pura
para dársenos nació,
habitando en nuestro mundo
como hermano nos habló,
y su paso entre nosotros
en prodigio terminó.*

*En la cena postrimera
hasta el fin llevó su amor,
observando todo el rito
que en la ley se prescribió,
hizo su cuerpo, comida,
y a los doce se entregó.*

*Con Palabra poderosa,
el Verbo, Hijo de Dios,
en su cuerpo y en su sangre,
pan y vino transformó.
Los sentidos no lo entienden;
más, la fe lo recibió.*

*¡A tan grande sacramento
rindamos adoración,
que, en figuras anunciado,
plenamente se cumplió!
Veneremos el misterio
con la fe del corazón.*

*A Dios Padre soberano
y a su Hijo, el Señor,
alabanza y gloria eterna*

*se incesante bendición;
y al Espíritu divino
eternos himnos de amor! Amén.*

La piedad acendrada de santo Tomás, su vida interior profunda y su alta espiritualidad que proyectó a sus contemporáneos en cumplimiento de su lema de: participar a los demás de lo que contemplaba en la oración del corazón, le valieron el reconocimiento de la Iglesia, pues fue canonizado por el papa Juan XXII en 1323; el papa san Pío V lo proclamó doctor de la Iglesia en 1567; y el papa León XIII en 1879, lo declaró Patrono de las escuelas católicas.

V. Santa Teresita del Niño Jesús

Santa Teresita del Niño Jesús, en su libro *Historia de un alma*, autobiografía espiritual, nos da noticias sobre su espíritu eucarístico causa de su excelsa santidad. Dos datos revelan la calidad de la orientación espiritual recibida en su infancia. Ella nos dice: "El catecismo y la historia sagrada eran mis lecturas preferidas. Las estudiaba con placer". Y la otra noticia reveladora: "¡Qué jornada el domingo! Era la fiesta de Dios, la fiesta del descanso".

A los seis años hizo su primera confesión sacramental; pero, sólo a los nueve años tuvo la gracia deseada vivamente por ella, de recibir la sagrada Eucaristía por primera vez; pues en su tiempo no se permitía a los niños recibir la sagrada comunión. Gracias a Dios, el papa san Pío X autorizó que se diera a los niños la Eucaristía al llegar al uso de la razón y pidió a los fieles acercarse a comulgar con frecuencia y ojalá cada día. Teresita testimonió: "El tiempo de mi primera comunión ha quedado grabado en mi corazón como un recuerdo sin nubes. El día de mi primera comunión estaba el cielo de mi alma. Entonces, me sentía amada por Jesús y yo le decía: 'Te amo y me entrego toda a ti por siempre. Desde mi primera comunión mi interés por el catecismo continuó'".

En su catecismo aprendió: "Nuestro Señor Jesu-cristo instituyó la Eucaristía: primero, para continuaren medio de nosotros el sacrificio ofrecido sobre la cruz; segundo, para permanecer corporalmente entre nosotros; tercero, para ser alimento de nuestras almas".

Acerca de la Eucaristía como sacrificio, ella declaró en un poema suyo:

Derramaste tu sangre, ¡misterio supremo!, y sigues para mí, viviendo en el altar.

Teresita en su infancia recibía a Jesucristo en la sagrada comunión con la frecuencia que le era posible, y lo hacía con gran fervor. Más tarde diría: "Dios no descendía cada día del cielo para quedarse en el copón, sino para entrar en el cielo de mi alma, templo vivo de la adorable Trinidad. Porque yo era pequeña y débil, Él bajaba a mí, y me instruía en secreto acerca de las cosas del amor".

Seis meses después de su primera comunión, Teresita recibió el sacramento de la confirmación, y sobre este acontecimiento especial, ella dijo: "Me había preparado con mucho esmero para recibir la visita del Espíritu Santo. Como los apóstoles esperaba con júbilo la llegada del Espíritu Santo. Me regocijaba la idea de ser pronto una perfecta cristiana. Recibí aquel día la fortaleza para sufrir". En este ambiente espiritual, Teresita sintió el llamado del Señor a la vida consagrada, y apenas a sus 15 años entró al Carmelo. Entonces declaró: "Ya no deseo nada sino amar a Jesús hasta la locura"; y lo amó hasta ser la más grande santa de los tiempos modernos, así lo manifestó el papa san Pío X.

El fervor con el que Teresita participaba en la Eucaristía fue alimentado por el fervor eucarístico de su papá a quien ella acompañaba cada día a la visita al Santísimo Sacramento. Ella testimonió que la fe de su papá en la presencia de Cristo en la Eucaristía era tan grande que con frecuencia él lloraba ante el sagrario. Ella se llenaba de gozo al sembrar flores al paso de Dios durante las procesiones en la fiesta del santísimo cuerpo y sangre de Cristo. Con qué piedad acompañaba al Señor expuesto en los tres días de las cuarenta horas, en que se reparaban los excesos del carnaval antes de la entrada en la Cuaresma.

Escandalizada del abandono en que se encontraba Jesús en el sagrario, afirmaba: "Hagamos de nuestro corazón un pequeño tabernáculo donde Jesús pueda refugiarse". Y conmovida por la falta de fe de tantos y tantos bautizados expresaba su extrañeza: "Si la gente conociera el valor de la Eucaristía, la entrada a los templos sería controlada por la fuerza pública". Teresita del Niño Jesús y de la santa faz entregó su alma al Creador a sus 24 años, el 30 de septiembre de 1897.

Fue canonizada por el papa Pío XI en 1925; y el 4 de diciembre de 1927, la proclamó Patrona de las Misiones Católicas, pues ella desde su convento ofreció a Dios todas sus oraciones y sufrimientos para implorarle bendiciones por los misioneros y misioneras del mundo. La Iglesia celebra su fiesta litúrgica el primero de octubre. En virtud de la autoridad de su doctrina llena de sabiduría evangélica aprobada por la Iglesia y de gran provecho para la espiritualidad de los fieles católicos, el papa Juan Pablo II la declaró Doctora de la Iglesia, el 19 de octubre de 1997

"El tiempo de mi primera comunión ha quedado grabado en mi corazón como un recuerdo sin nubes. El día de mi primera comunión estaba el cielo de mi alma."

VI. San Óscar Arnulfo Romero

(Homilía del 28 de mayo 1978) ¿Qué es la Eucaristía? Es el sacramento o misterio de la presencia de Cristo bajo las apariencias del pan y el vino. Sacramento es un signo sensible que puede caer bajo el dominio de nuestros sentidos, como es el pan y el vino que lo palpamos, lo saboreamos. Nuestros sentidos captan la realidad de un signo, pero luego viene la fe y descubre un elemento interior, lo significado por ese signo. Así como cuando vemos que sale humo detrás de una pared,

sólo vemos el humo; es el signo, pero luego el conocimiento dice: allá hay fuego, allá se está quemando algo.

La realidad es el fuego, el signo es el humo; así también el signo es el pan y el vino. El gusto, el oído, los sentidos dice Santo Tomas perciben sabor de pan y sabor de vino, pero tu fe cree firmemente que en ese sabor de pan y de vino ya no está presente lo que los filósofos llaman la substancia, es decir, lo que le da subsistencia a ese pan, a esos sabores, sino que sólo han quedado las cosas accidentales pero que lo substancial se ha transformado en la presencia verdadera del Señor; el cuerpo y la sangre del Señor, son la realidad que se oculta, que se encierra en ese signo visible.

Por eso, cuando el sacerdote consagra el cuerpo y la sangre del Señor, se realiza lo que en teología se llama la transustanciación, quiere decir, que en vez de la substancia de la subsistencia del pan y del vino, se ha colocado en su lugar la presencia real de Cristo, y Cristo queda en verdadera, real, sustancialmente presente en esa hostia que sigue teniendo sabor de pan, en ese cáliz que sigue teniendo sabor de vino, que ya no se trata como pan y como vino sino que ya está presente el Señor. Este es el misterio que celebramos hoy.

Y ojalá, queridos hermanos, que, al hacer estas reflexiones a la luz de la Palabra de Dios, nuestra fe en la Eucaristía crezca siempre y que nuestra asistencia a misa no sea simplemente un acto rutinario. No venir por costumbre, no venir por curiosidad, sino venir verdaderamente movidos porque venimos cada domingo a encontrarnos con el gran misterio de la presencia del Señor. Y cuando salgamos de misa, ojalá como Moisés cuando bajaba del Sinaí, que hasta su rostro sensiblemente se había transformado en luminoso porque había estado en la presencia del Señor. Yo les suplico, que pongan todo empeño, a pesar de que allá afuera se empeñan en turbarnos nuestra tranquilidad, que reflexionemos en que de verdad cada domingo tenemos esa dicha. (...) "El pan es uno y así nosotros, aunque somos muchos, formamos un solo cuerpo porque comemos todos del mismo pan." ¡Qué preciosa evocación de la unidad de los cristianos! Nuestra unidad, queridos hermanos, no se basa en ideales de la tierra.

Si ya en esta tierra los hombres cuando logran exponer bien un ideal y preguntan ¿quién me quiere seguir para realizarlo?, siguen muchos ese ideal, pero viven de un ideal a veces de un hombre, y cuando ese hombre o ese ideal desaparecen, o es traicionado, todo se desbarata. Pero Cristo puso una fuerza mucho más vigorosa, una fuerza divina que nadie la puede destruir: su cuerpo y su sangre, su presencia de resucitado, su vida de Dios.

Dichoso el pueblo que llega a tener fe y a descubrir que Cristo es su razón de ser. En Cristo pone toda su esperanza y comulga. Y todos los que vamos a comulgar esta mañana sentiremos esta

realidad. Aunque somos muchos y tal vez ni nos conocemos, venimos de distintos rumbos, vivimos en rincones y en lugares muy apartados, sin embargo, somos un sólo cuerpo porque nos alimentarnos de un mismo pan. Los antiguos gozaban mucho en esta comparación. Decían que así como los granitos de trigo recogidos de las diversas montañas, amasados hacían un solo pan que luego se convertía en un sólo Cristo; así, también los hombres, recogidos de diversos países, de diversas razas, de diversas categorías, no somos más que granitos de trigo; y recogidos en nuestra fe, amasados en el amor y en la esperanza, unidos a Cristo Eucaristía, ya no somos dispersos, ya somos un solo pueblo de Dios alimentado con la presencia del Señor. (...)

Vamos a celebrar nuestra Misa con aquel amor y confianza con que el pueblo de Israel vio al mismo tiempo que sentía hambre, que sentía sed, que sentía el sol del desierto, la desesperación, a veces, la tentación de blasfemar, la duda contra Dios. Puede ser natural en nosotros también todo eso, pero siempre oigamos a la Iglesia en el signo de la protección de Dios, de la roca que echa agua, del pan que Dios da por milagro, del mar que se abre, de la nube que cubre y, sobre todo, de nuestra Eucaristía, pan y vino que nos da la presencia de Cristo. Celebremos, digo, nuestro Corpus renovando en nosotros la confianza de esta Iglesia que no se va a apoyar en las fuerzas de la tierra, en las idolatrías, sino en la fuerza del Señor que no nos defraudará en nuestra confianza.

"Dichoso el pueblo que llega a tener fe y a descubrir que Cristo es su razón de ser. En Cristo pone toda su esperanza y comulga."

"Quédate con nosotros y danos tu paz"

II Congreso Eucarístico Diocesano • 27 de junio de 2026
Diócesis de San Miguel, El Salvador
diocesisdesanmiguelsv.org

